

avia llevado, é muchas ballestas y escopetas é otras armas.

Los de la cibdad, luego que ovieron la victoria, por hacer desmayar al alguacil mayor é al comendador Pedro de Alvarado y enflaquecer los ánimos de los españoles, todos los chripstianos que tomaron, vivos ó muertos, llevaron al cabulco, ques el mercado; y en unas torres altas que allí hay los sacrificaron desnudos, é los abrieron por los pechos é les sacaron los coraçones, para los ofrescer á sus ydolos: lo qual los españoles del real del comendador Alvarado pudieron bien ver del real, donde peleaban, y en los cuerpos desnudos é blancos que vieron sacrificar, conosçieron que eran chripstianos: é aunque por tal espectáculo, espantable é inusitado á la vista de los españoles, ovieron grand tristeza, se recogieron á su real, aviendo peleado aquel dia muy bien é ganado quassi hasta el dicho mercado: el qual aquel dia se acabara de ganar, si tanta desdicha no oviera intervenido. Este dia fué el general más temprano á su real que otras vezes, assi por lo que está dicho, como porque decían que los bergantines eran perdidos, porque los de la cibdad con las canoas les tomaban las espaldas; pero plugo á Dios que no fuesse assi, puesto que los bergantines é las canoas de los amigos se vieron en mucho estrecho, é tanto que faltó poco de se perder un bergantin é hirieron al capitan é maestre dél; y el capitan murió desde á ocho dias.

Aquel dia é la siguiente noche, los de la cibdad hicieron muchos regocijos de

areytos, que son sus cantares é bayles, é sonaban é tañian muchas boçinas é atabales, que paresçia que se hundia aquella república infiel, del estruendo é fiesta que consigo tenian de plaçer, solemnizando su triumpho é victoria. É abrieron todas las calles é puentes del agua, como de antes las tenian, é llegaron á poner muchos fuegos é velas de noche á dos tiros de ballesta del real del general; é cómo los nuestros salieron tan desbaratados é maltractados y heridos, é muchos desarmados, tenian nesçessidad de reposar é rehaçerse. En este comedio los de la cibdad tovieron lugar de enviar sus mensajeros á muchas provinçias á ellos sujetas, haciéndoles saber cómo avian avido mucha victoria é muerto muchos chripstianos, é que muy presto acabarian con los que avian escapado ó quedaban, é que en ninguna manera tratassen paz con ellos. La creença que llevaban sus mensajeros, eran las dos cabeças de caballos que mataron, é otras de los chripstianos que padescieron; las quales anduvieron mostrando por donde á ellos les paresçió que convenia.

Esta jornada fué ocasion de poner á los çercados é rebelados en más contumacia y esperança de la que antes tenian; mas con todo esto, porque los de Temistitan no tomassen más soberbia, ni conosçiesen flaqueça en los nuestros, cada dia algunos españoles de pié é de caballo, con muchos indios de sus amigos, yban á pelear á la cibdad, aunque no podian ganar más de algunas puentes de la primera calle antes de llegar á la plaça.

CAPITULO XXVII.

Cómo los amigos confederados de Guarnaguacar vinieron á pedir socorro al general Hernando Cortés, é se lo envió; é de la victoria que el capitan Andrés de Tapia é los españoles ovieron contra los indios de Marinalco; é de la victoria que contra los de Temistitan ovo un capitan, hombre principal é señor de los de Tascalteca, que se llamaba Chichimecatecle, el qual era uno de los amigos confederados de los chripstianos*; é otras cosas que competen á la historia.

Dois dias passados despues del desbarato, que ya se sabia por toda la comarca, los naturales de una poblaçion que se dice Guarnaguacar, que eran sujetos á la cibdad é se avian dado por vassallos de Su Magestad é amigos de los españoles, vinieron al real; é dixerón á Hernando Cortés cómo los de la poblaçion de Marinalco, que eran sus vecinos, les hacian mucho daño é destruian su tierra, é que en essa saçon se juntaban con los de la provinçia de Cuysecon (ques grande) é querian yr sobrellos á los matar, porque se avian dado por vassallos de la corona é çetro real de Castilla, é por amigos de los españoles. É aunque la rota, ques dicha en el capítulo preçedente, era fresca é los chripstianos tenian más nesçessidad de ser socorridos que de dar socorro, puesto que el general tuvo mucha contradiccion en sus milites é se lo estorbaban, diciéndole que se destruia, si sacasse gente del real, non obstante esso despachó con aquellos que pedian el socorro ochenta peones é diez de caballo con el capitan Andrés de Tapia, al qual le encomendó mucho que hiciesse todo lo que le fuese posible por los amigos; é que pues via la nesçessidad pressente, no se detoviesse allí en yr é venir más de diez dias. É assi se partió luego, é llegado á una poblaçion pequena, que está entre Marinal-

co é Coadnaocad, halló á los enemigos que le estaban esperando; y él, con la gente de Coadnaocad é con la que llevaba, començó su batalla en el campo, é pelearon los nuestros tan valientemente que desbarataron los contrarios, y en el alcange los siguieron hasta los meter en Marinalco, el qual pueblo está assentado sobre un monte muy alto, é de tal disposiccion de terreno que los de caballo no pudieron allá subir. Viendo esto el capitan, destruyó todo lo que estaba en lo llano; é avida esta victoria, tornóse al real con su gente dentro del término que le avia seydo dado, en los diez dias. En lo alto de aquella poblaçion de Marinalco hay muchas fuentes de muy buena agua, y es muy fresca cosa todo aquel assiento, é muy fuerte.

En tanto que este capitan fué é vino, algunos españoles de pié é de caballo, en compania de los indios amigos confederados, entraban en la cibdad de Temistitan hasta cerca de las casas grandes, que están en la plaça, é de allí no podian pasar, porque los de la cibdad tenian abierta la calle de agua que está á la boca de la plaça, y estaba muy honda é ancha, é de la otra parte tenian una muy grande é fuerte albarrada: é allí peleaban los unos con los otros hasta que la noche los despartia.

* De este sitio quitó Oviedo lo siguiente: «E cómo los otomies enviaron sus mensajeros á pedir socorro al general contra los de Matalçingo é les envió con gente al alguacil mayor, Gonçalo de Sandoval, é de la victoria que ovo contra los contrarios;

é cómo vinieron á la obediencia é servicio de Sus Magestades é amistad de los españoles los indios de Marinalco é Matalçingo é de la provinçia de Cuysecon, etc.»

Un señor de la provincia de Tascalteca, que se dice Chichimecatecle (del qual se ha fecho mençion que llevó la tablaçon que se hiço en aquella provincia para los bergantines), desde el prinçipio de la guerra residia con toda su gente en el real del comendador Pedro de Alvarado; é paresçiéndole á él que por el desbarato pasado los españoles no peleaban como solian, determinó de entrar, sin ellos, con su gente á combatir los de la cibdad, é pensó un gentil ardid; é fué que dexó quatroçientos flecheros de los suyos á una puente quitada de agua, bien peligrosa, que ganó á los de la cibdad, lo qual nunca acaesçia haçerse sin ayuda de los españoles; é passó adelante con los suyos, é con mucha grita, apellidando é nombrando á su provincia é señor. Pelearon aquel dia muy reçiamente, é ovo de una parte é de otra muchos heridos. Los de la cibdad bien pensaron que los tenían asidos; porque como es gente que al retraer, aunque sea sin victoria, siguen con mucha determinaçion é voluntad más que con tiento é prudencia á los que se recogen, pensaron que al passar de aquella agua, donde tenían por çierto el peligro, se avian de vengar muy bien dellos é de su atrevimiento. Mas para este efecto, en su socorro avia dexado Chichimecatecle junto al passo del agua los quatroçientos flecheros suyos, que se dixo de susso; é cómo ya se venian retrayendo, cargaron los de la cibdad sobrellos muy de golpe, é los de Tascalteca, echándose al agua é con el favor de los suyos flecheros, pasaron: é los enemigos, con la resistencia que hallaron opuesta delante se quedaron, é aun no poco espantados de la osadia que avia tenido Chichimecatecle.

Desde á dos dias que los españoles volvieron de la victoria de Marinalco, llegaron al real diez indios de los otumies (que eran esclavos de los de la cibdad, é como la historia ha contado, avíanse dado

por vassallos de Sus Magestades, é cada dia yban á pelear en ayuda de los españoles); é dixeron al general Hernando Cortés cómo los señores de la provincia de Matalçingo (que son sus enemigos é vecinos) les haçian guerra é les destruian sus tierras, é les avian quemado un pueblo é llevádoles alguna gente, é que venian destruyendo quanto podian, é con intençion de venir á los reales é dar sobre los chripstianos en socorro de los de la cibdad, é para que los cercados saliesen é acabassen á los españoles: por tanto que los socorriesse é proveyesse en ello lo que convenia. Á estos mensajeros se les dió crédito, porque de pocos dias antes cada vez que entraban los nuestros á pelear con los de la cibdad, los amenazaban los de dentro con los indios de aquella provincia de Matalçingo, de la qual, aunque el general no tenia mucha noticia, bien se sabia que era grande é que estaba á veynte y dos leguas de los reales; y en la queja que estos estonçes formaban de aquellos sus vecinos, pedian con ahincamiento socorro. É aunque lo demandaban en fuerte tiempo, el general, por quebrar las alas á los de la cibdad, que tan á menudo amenazaban con aquellos, é mostraban esperanza de ser socorridos dellos, é socorro de ninguna otra parte sino dessos les podia venir, mandó al alguaçil mayor Gonçalo de Sandoval que fuesse allá, é dióle diez y ocho de caballo é çient infantes, en que avia solo un ballestero; é con esta compañía é otra gente de los otumies confederados siguió su camino, puesto que yban con peligro, é los del real no quedaban sin él; pero por no mostrar flaqueça, se tenia disimulacion con los amigos é con los enemigos; pero muchas é muchas veçes decían los españoles que pluguiesse á Dios que con las vidas los dexassen solamente, é se viessen vencedores contra los de la cibdad, aunque en ella ni en toda la tierra

no toviessen otro interesse ni provecho; de que se colige la aventura é nesçessidad extremada que tenían sus personas é vidas. Como lo he dicho, lo escribió Hernando Cortés á Çéssar: é no es de dudar que algunos, cansados de tan largos é continuos trabaxos é peligros lo dixessen, viendo las cosas encaminadas á tan dudosa salida ó fin de aquella guerra; pero no son palabras estas para aquella generalidad con qué las dice, pues en aquellos milites é hidalgos que allí se hallaron, avia personas que antes supieran padecer mill muertes que decir tales palabras, ni mostrar tanta flaqueça como ellas significan; pero como dixo Cathilina: «No han siempre los mortales un mesmo ánimo¹» Tornemos á la historia.

El alguaçil mayor fué aquel dia á dormir á un pueblo de los otumies, que está frontero de Matalçingo. É otro dia siguiente por la mañana se partió de allí, é fué á unas estancias tambien de otumies, las quales estaban sin gente é mucha parte dellas quemadas. É adelante en lo llano, junto á una ribera, vido mucha gente de guerra de los enemigos, que avian acabado de quemar otro pueblo; é cómo le vieron, començaron á dar la vuelta animosamente contra los chripstianos. É por el camino que llevaban los nuestros hácia ellos, halláronse muchas cargas de mahiz é quartos é tajos de niños assados, que para su provision llevaban: los quales por se desocupar é huyr más sueltos, avian dexado tal bastimento, cómo sintieron yr á los españoles. Passado un rio, en lo llano los contrarios ordenaron sus esquadrones; y el alguaçil mayor con los de caballo rompió por ellos é los desbarató é puso en huyda: é siguiéron el alcance de rechamente al pueblo de Matalçingo, que estaba çerca de tres leguas de allí, y entrados los de caballo, hasta los ençerrar

en sus moradas, mataron é alancearon muchos; é allí esperaron á los españoles é á sus amigos confederados, que yban matando á los que los de caballo atajaban é dexaban atrás. En este rompimiento é alcance murieron más de dos mill hombres de los enemigos.

Despues que los españoles de pié llegaron á donde estaban los de caballo é los amigos confederados, que passaban de sessenta mill hombres, ordenaron sus esquadras é movieron hácia el pueblo, donde los contrarios hicieron rostro, en tanto que las mugeres é los niños é sus haciendas ponian en salvo en una fuerza que estaba allí junto, en un çerro muy alto; mas como dieron de golpe en ellos, hiçieronlos retraer á la fuerza que dicho de aquel monte, que era muy áspero é fuerte, y entraron los nuestros en el pueblo, é robáronle é pusieronle fuego por muchas partes: é cómo era ya tarde, el alguaçil mayor no quiso combatir el çerro, é tambien porque la gente de los amigos é los españoles estaban muy cansados, é todo aquel dia avian peleado. Los enemigos toda aquella noche estuvieron dando alharidos é gritas é tañendo muchos atabales é tambores é voçinas.

Luego por la mañana, assi cómo el siguiente dia llegó, movió el alguaçil mayor con mucha orden é çonçierto para subir el monte contra los enemigos, é no sin esperanza que avia de serle muy resistido por la dispusiçion é áspera subida de aquel çerro; é cómo llegaron al pié dél, toparon çiertos amigos de los confederados que descendian de lo alto, é dixeron que no avia arriba gente alguna, porque al quarto del alba se avian huydo los contrarios; y estando assi, vieron por todos aquellos llanos á la redonda mucha gente, y eran los otumies; é los de caballo, pensando que eran de los enemigos, corrieron contra ellos é alan-

¹ Salustio, *De bello cathilinario*.

çearon tres ó quatro, é cómo la lengua de los otumies es otra diferente de la de Culua, no los entendian mas de como echaban las armas en tierra, é se venian para los españoles: aquellos quedaron heridos, pero bien conosciéron esos é los demás que avia seydo por no los conosciéron. Pues cómo los enemigos no esperaron, los españoles acordaron de se volver por otro pueblo de los contrarios, que tambien estaba de guerra, é los vecinos dél, como vieron tan grande ejército sobre sí, salieron de paz: y el alguacil mayor habló con el señor de aquel pueblo, é dixo-le que ya debia de saber quel general Hernando Cortés rescibia é perdonaba con buena voluntad á todos los indios, que venian á la obediencia é servicio del grand Rey de Castilla, aunque fuessen muy culpados, enmendándose: por tanto que le rogaba que fuesse á hablar con aquellos de Matalcingo, para que se viniessen al general, é quel seria muy buen tercero para que los perdonasse é hiciesse buenas obras, si ellos no perseverassen en sus errores é desobediencia. É aquel señor se profirió de lo hacer assi é de traer de paz assimesmo á los de Marinalco. É con esta victoria ya dicha se tornó el alguacil mayor á su real.

Aquel dia algunos españoles estaban peleando en la cibdad, é los cibdadanos avian enviado á decir que fuesse allá la lengua ó intérprete del general, porque querian hablar en la paz; y era fingida é cautelosa su embaxada, segund paresció, porque nunca dixeron sino que si la paz congediessen, avia de ser con condiçion que los chripstianos se fuessen de toda la

tierra. Esto hacian ellos á fin de entretener con sus falsos tractos é mensajes algunos dias suspensos los combates, y entre tanto proveerse de lo que oviessen menester; pero nunca dellos se conosció que les faltaba voluntad de pelear contra los nuestros.

Y estando en esta plática hablando con la lengua, é muy cerca los nuestros de los enemigos, que no avia sino una puente quitada en medio, un viejo de los de la cibdad, á la vista de todos, sacó de su mochila ó tasca muy de su espacio ciertas cosas, que comió con un descuydo grande, á lo que mostraba, por dar á entender que no tenian necesidad de comida, porque los españoles é la lengua deçianles que allí se avian de morir de hambre, si no se diessen. Los amigos confederados deçian á los chripstianos que aquellas paçes é pláticas eran falsas, é que no las creyessen é peleassen con ellos; mas aquel dia no se peleó más, porque los principales dixeron á la lengua que hablasse al general é le dixesse lo quellos deçian de parte de aquella cibdad.

Desde á quatro dias quel alguacil mayor era venido de la provincia de Matalcingo, los señores della é los de Marinalco é de la provincia de Cuysson (que es grande é mucho señorío y estaban rebelados) vinieron al real é pidieron perdón de lo passado al general, é se ofrescieron de servir muy bien á Sus Magestades con toda lealtad é amistad con los chripstianos; y Hernando Cortés los rescibió muy bien é los envió contentos, y ellos cumplieron lo prometido de allí adelante.

CAPITULO XXVIII.

En el qual la historia cuenta cómo se dieron á la cibdad de Temistitan ciertos combates, é se le hiço mucho daño, en que escotaron bien los contrarios la victoria que avian avido, de que se tractó en el capítulo XXV, é cuéntanse assimesmo algunos trançes é cosas señaladas concernientes á la historia.

En tanto quel alguacil mayor Gonçalo de Sandoval fué con parte del ejército contra los de Matalcingo, segund se dixo en el capítulo de suso, acordaron los de la cibdad de Temistitan de salir de noche á dar en el real del comendador Alvarado; é antes que esclareciesse el quarto del alba dierón de golpe, é cómo las velas de pié é de caballo lo sintieron, apellidaron llamando al arma, é los que allí estaban arremetieron á ellos, é cómo sintieron los de caballo, echáronse al agua. En tanto llegaron los nuestros é pelearon más de tres horas, é oyóse en el real del general un tiro pequeño de campo con que tiraban los de Alvarado, por lo qual á mucha priessa mandó Hernando Cortés armar la gente para entrar por la cibdad, porque acullá afloxassen los que peleaban contra el comendador Alvarado; pero como los indios hallaron por aquella parte, que avian madrugado, tan fuertes é avisados á los españoles del otro campo, tornáronse á su cibdad descontentos é aun con daño suyo. Y el general entró á pelear á la cibdad, porque ya él é los que del desbarato passado quedaron heridos estaban sanos; é á la villa Rica avia aportado un navio del adelantado Johan Ponçe de Leon, que avian desbaratado en la Tierra-Firme é costa del Norte, en la provincia que llaman la Florida (ques una tierra que está en veynte y çinco grados y medio Norte Sur con la isla de Cuba, é más septentrional que Cuba), y este navio llevó çierta pólvora é ballestas é otras armas, de que avia extrema necesidad, de lo qual Hernando Cortés dió muchas gracias á Dios. É ya por aquella comarca á

la redonda todo estaba en su favor, é viendo que los çercados estaban tan constantes en su determinaçion de morir, no sabia el general qué medio tomasse para quitar á los españoles de tan continuos trabaxos é peligros, ni cómo aquella cibdad se dexasse de destruyr, que era de las más hermosas poblaciones del mundo é más de ver. É no aprovechaba decir á los çercados que no se avian de levantar los reales, ni los bergantines avian de çessar un punto de darles guerra por el agua é por la tierra, ni que avian destruydo á los de Matalcingo é Marinalco, é que en toda la tierra ya no les quedaba quien socorrerles pudiesse, ni tenian de donde aver mahiz, ni carne, ni fructas, ni agua, ni otro mantenimiento. É quanto más estas cosas se les deçian, menos cobardia é señal de flaqueça se veia en ellos: antes paresçia que peleaban con mayor ánimo cada dia.

Pues cómo el general vido quán poco fructo hacian sus amonestaçiones é que que por halagos ni temores no mudaban propósito los contrarios, é que avia ya más de quarenta dias quel çerco se avia puesto, acordó de seguir un medio para seguridad de su gente, é poner en más estrecho á los çercados; é fué que assi cómo fuessen ganando por las calles de la cibdad, assi fuessen derrocando todas las casas é allanándolas de un lado é açera é de la otra parte: de forma que un passo no se diesse adelante, sin lo dexar todo asolado, é lo que era agua çegarlo é hacerlo tierra firme, aunque oviesse toda la dilacion que se pudiesse seguir. É para esto hiço llamar á todos los señores é